

XXVII Domingo Tiempo ordinario

Génesis. 2, 18-24; Hebreos. 2, 9-11; Marcos. 9, 30-37

«Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre»

7 Octubre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«En medio de nuestra pobreza sonreímos. Porque no tenemos nada que aparentar. Porque no es necesario demostrar lo que no somos.»

Los niños siempre nos muestran, con su vida, una forma distinta de enfrentar la vida. Es verdad que los niños pueden ser caprichosos, envidiosos, egoístas, quejicas, y un largo etcétera de aspectos de su personalidad que están todavía madurando. Sin embargo, la actitud de los niños en ciertos campos de la vida, es una verdadera enseñanza para nosotros, los adultos, que, con el paso del tiempo, nos vamos haciendo viejos. El otro día leía: «Comportémonos en ocasiones como niños y no nos tomemos muy en serio, pues esto no es mucho más que un juego. Me hace sonreír esa gente que va por la vida muy seria, creyéndose importante»¹. Nos viene bien, de vez en cuando, mirar alguna foto nuestra de cuando éramos niños. Vemos esa sonrisa sencilla y esa inocencia, que, tal vez, hemos perdido. Vemos unas ganas de vivir que quizás ahora no tenemos. Ya no nos reímos por cualquier cosa y, en seguida, adoptamos un aire preocupado, porque la vida, parece ser, nos resulta demasiado seria. Un niño le decía a su padre: «Papá, yo he nacido para enseñarte a sonreír». Necesitamos encontrar en el álbum de los recuerdos a ese niño dormido que todos tenemos dentro. Pero no pretendemos ser niños con la intención de no ser así responsables de nuestra vida. No es ésa la niñez que anhelamos. Decía Tagore: «Para ser verdaderamente niños necesitamos no sólo la energía del varón sino también la sabiduría del anciano». Necesitamos ser niños sabios. Niños que se ríen de la vida y la aceptan sin muchas complicaciones. Pero niños que se levantan cada mañana dispuestos a cambiar al mundo y se acuestan cansados pero con una sonrisa en los labios. Niños aventureros que quieren tocar el cielo con sus cortos brazos. Niños que se ríen de la vida, porque todo puede ser un buen motivo para sonreír. **Niños, en definitiva, que vivan sin miedo a vivir.**

Hoy Jesús pone en el centro de la escena a un niño y lo abraza. Jesús bendice y abraza a los niños porque quiere que seamos como niños: «Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Más Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: - dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: - el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él. Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos» Marcos. 10, 2-13. Nos cuesta ser como niños. No tenemos su inocencia, no somos tan libres, no sonreímos a la vida como lo hacen ellos. Tenemos el corazón endurecido. Nos complicamos en seguida y pensamos más de lo que nos conviene. Decía el P. Kentenich: «Si no inscriben el ideal de la filialidad sobre su bandera, entonces no sé cómo forjarán un mundo nuevo. Sólo quien sea un niño sencillo podrá edificar un mundo nuevo. Recuerden entonces que la infancia espiritual es un caminito, pero difícil y “grande”»². Santa Teresita del Niño Jesús se sabía pequeña y hablaba de un caminito que había que recorrer para llegar a Dios. En su pobreza tenía un fuerte anhelo: quería ser santa. Decía: «Siempre he deseado ser una santa, pero, siempre he constatado, cuando me he parangonado a los santos, que entre ellos y yo hay la misma diferencia que hay entre una montaña,

¹ Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 68

² J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 68

cuya cima se pierde en el cielo, y el grano de arena pisoteado por los pies de los que pasan. En vez de desanimarme, me he dicho: el buen Dios no puede inspirar deseos irrealizables, por eso puedo, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad». Se sabe pequeña y entiende que sólo Dios puede regalarle aquello a lo que aspira. El deseo de ser santa estaba vivo en su alma. ¿Nosotros también queremos ser santos? ¿Es un anhelo profundo del corazón? Tal vez nos hemos acostumbrado a lo que hay y nos conformamos con una vida mediocre. El anhelo de santidad tendría que ser una fuerza que moviera nuestras vidas. No podemos conformarnos con lo que ya tenemos. No podemos sentirnos desanimados ante nuestros fracasos diarios. Decía el P. Kentenich: «Por eso aunque yo haya cometido sabe Dios cuántos pecados, lo peor que me puede pasar es cerrarme a Dios, endurecerme ante Él. Dicho en otras palabras: que no sea ante Él pequeño y niño»³. Entonces, lo que nos queda, es dejarnos abrazar como los niños. Para que nuestro corazón no se endurezca. Si dejamos que Cristo nos abraza y nos suba al corazón de Dios todo es más fácil. Decía Santa Teresita: «He de soportarme tal y como soy, con todas mis imperfecciones; sin embargo, quiero buscar el medio de ir al Cielo por un camino bien derecho, muy breve, un pequeño camino completamente nuevo. Quisiera yo también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección». Jesús nos abraza y nos sostiene. Nos recuerda todo lo que valemos, aunque, como los niños, estemos sucios y llenos de barro. En medio de nuestra pobreza sonreímos. Porque no tenemos nada que aparentar. Porque no es necesario demostrar lo que no somos. **Somos lo que somos. Somos pequeños.**

En medio de nuestra pequeñez hoy escuchamos: «Dijo luego el Señor Dios: -No es bueno que el hombre esté solo». No, es verdad, no es bueno que el hombre esté solo. La soledad impuesta, esa soledad forzada que nos aísla, no es buena. Estamos llamados a vivir el amor en plenitud. Necesitamos amar y ser amados. El hombre necesita crecer en la entrega y en la complementación. No estamos completos, necesitamos el amor que recibimos y el amor que damos para ser más plenos. Dios nos recuerda que nuestra vocación es el amor y no la soledad infecunda. Aunque es verdad que la soledad es parte de nuestro equipaje. Nacemos solos. Morimos solos. Y en el camino experimentamos la dureza y la grandeza de la soledad. ¿Es mala la soledad? ¿Nos hace daño? La soledad no es mala ni buena, es una realidad en la vida del hombre. Sea cual sea nuestra vocación nos acompaña una cuota importante de soledad. Tenemos que aprender a vivir solos, a estar solos. Tenemos que ser capaces de disfrutar de nuestra propia compañía sin aburrirnos, sin buscar fuera de nosotros los ruidos que apacigüen nuestro silencio interior. ¡Cuántas personas hoy son incapaces de estar solas! Porque la soledad puede ser muy dura cuando no la buscamos. Puede herir el corazón que necesita amar y ser amado, y busca la compañía. Pero es necesario entender que la soledad siempre nos va a **acompañar y que es bueno alegrarnos y, como los niños, disfrutar jugando solos.**

Por otra parte, hoy el Señor nos recuerda que la vocación a la que nos llama es la vocación del amor. Puede ser una vocación al matrimonio, a la vida célibe, a la vida en soledad. Pero Dios quiere que en nuestro camino amemos y seamos amados. No quiere que nos encerremos y nos endurezcamos, quiere que aprendamos a amar como niños y sepamos dejarnos amar por otros. ¡Cuesta tanto a veces dejarse amar! Hoy las lecturas ponen en el centro la vocación al matrimonio. El otro día una persona decía que no le gustaba la expresión que hemos escuchado tantas veces: «Cada uno tiene que encontrar a su media naranja». Parece que cada uno es sólo la mitad de lo que está llamado a ser. Le gustaba más otra imagen: uno se entrega totalmente y se hace con el otro una sola carne. Es ésa la misma imagen que usa Dios: «Voy a crearle una ayuda adecuada. Y el Señor Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver como los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre les diera.

³ J. Kentenich, "Niños ante Dios", 56

Mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada. Entonces El Señor Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que El Señor Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: - ésta sí que es huesos de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada. Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne» Génesis. 2, 18-24. La soledad en la vida matrimonial es vencida por la integración de dos amores en una sola carne. Hay soledad y hay comunión. No por amar a alguien de forma exclusiva desaparece una cierta cuota de soledad. Dos personas completas se unen para siempre en una vida común. **La eternidad hace fecundo el amor y le da sentido a nuestro sí para siempre.**

No obstante, algunas veces no resulta todo tal como la habíamos planeado. Hay fracasos matrimoniales. Hay muchos matrimonios que no viven la plenitud soñada. ¿Es posible vivir ese amor en plenitud en esta carne mortal que Dios nos ha dado? Sin querer analizar las causas, sin pretender entrar en la casuística, sólo quería señalar el dolor que una separación implica. Cada vez que me toca bendecir un matrimonio sólo deseo que lo que en ese momento se dicen los novios llegue a ser eterno. Sin embargo, muchas veces, las dificultades de la vida matrimonial, la dureza del camino, la torpeza de nuestro amor limitado, acaban debilitando el amor que Dios ha sembrado en el alma. La debilidad del corazón, la incapacidad para comunicarse, el ritmo de la vida que hoy llevamos, tan exigente y a veces tan expuesta, acaban agrietando la solidez del matrimonio. Para aquellos que han sufrido en sus carnes la ruptura, el abandono, la separación, la infidelidad, es muy difícil volver a mirar hacia delante con ojos optimistas. El fracaso de un matrimonio parece poner fin a la felicidad en la tierra. Cuando unos novios se casan no piensan en ese final y todo resulta inesperado. Cuesta entonces volver a comenzar sin mirar atrás de nuevo. Cuesta aceptar que iniciar un nuevo camino con otra persona tenga que suponer, cuando no existe nulidad, la imposibilidad de comulgar. Porque la comunión nos sostiene y nos regala el amor sencillo y concreto de Dios en nuestra vida. Cuando uno sabe que no puede comulgar se siente excluido, alejado, casi rechazado por Dios. Sin embargo, en ningún caso se trata de una excomunión. No obstante, la Iglesia no puede dar validez a esa unión existiendo un matrimonio previo. En el caso de convivir con otra persona, existiendo todavía un matrimonio anterior, no es posible comulgar. Sabemos que es difícil de aceptar y de entender. Es una dura realidad a la que nos enfrentamos cada día. Las personas que viven esa situación la sufren con paciencia y humildad. Pero miran a Dios desde su indigencia y suplican su amor. Aunque en ocasiones esa situación llegue a alejar a muchos de la Iglesia, no debería ser así. La Iglesia quiere acogerlos siempre con un corazón alegre y misericordioso. **Ellos necesitan nuestra aceptación y comprensión para poder caminar en las manos de Dios Padre.**

Hoy vemos cómo los fariseos prueban a Jesús. No buscan la verdad y no quieren llegar a un puerto seguro, sólo quieren cuestionar la autoridad de Cristo: «*Se acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, le preguntaban: - ¿Puede el marido repudiar a la mujer?*» Hoy vivimos en una sociedad en la que muchas discusiones y críticas no pretenden llegar a la verdad. El hombre quiere imponer siempre su opinión, su propia verdad y su criterio. Entiende entonces que el mejor camino es descalificar al que piensa de forma diferente. En los debates por televisión somos testigos de esa falta de diálogo verdadero. Nosotros mismos podemos caer en ello con frecuencia. Tenemos claro cómo deben ser las cosas y nos cuesta aceptar otros puntos de vista. Nos empeñamos en defender nuestra visión de las cosas. Ponemos en duda aquello que no nos convence o no nos viene bien y desautorizamos a los que representan posturas diferentes de las nuestras. No queremos buscar la verdad. Sólo queremos que nuestro orgullo se imponga. **En ocasiones lo hacemos con dureza, con acritud y, a veces, con violencia. Sin buscar la verdad.**

Hoy Jesús no entra en la discusión que le plantean los fariseos. Él va más allá: *«El respondió: ¿Qué os prescribió Moisés? Ellos le dijeron: - Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla. Jesús les dijo: - teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón escribió para vosotros este precepto. Pero desde el comienzo de la creación, Él los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y los dos se harán una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre. Y ya en casa, los discípulos le volvían a preguntar sobre esto. Él les dijo: - quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio contra aquella; y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio»*. Ellos querían probar al maestro. Querían que optase por una de las dos escuelas que existían y poder así acusarlo. La más flexible, la del rabino Hillel, interpretaba el divorcio en sentido amplio a partir del texto de *Deuteronomio 24,1*: *«Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio»*. Esta frase daba lugar a muchas interpretaciones posibles. Según esta escuela de Hillel podía ser cualquier motivo: que la mujer quemara la comida, gritara en la casa o tuviera mal carácter. La segunda escuela, la del rabino Shammai, era más estricta. Sostenía que un hombre sólo podía divorciarse por una causa gravísima: el adulterio de su mujer. Ningún otro motivo lo autorizaba. Ya en tiempos de Jesús el tema no estaba resuelto, de modo que unos seguían las directivas de Hillel y otros las de Shammai. Ésta es la razón por la que los fariseos interrogaron a Jesús sobre el tema del divorcio. Querían saber a cuál de las dos escuelas se adhería para poder atacarlo. Pero Jesús los sorprendió con su respuesta: no se adhería a ninguna de las dos escuelas. Dios es misericordioso y su misericordia hacia las mujeres había permitido el repudio: *«Teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón escribió para vosotros este precepto»*. Comenta al respecto San Juan Crisóstomo: *«Porque, si estuviera purificado el corazón de deseos y de la ira, es posible que tolerase a la peor mujer del mundo»*. Hoy Jesús deja claro que el hombre no puede divorciarse bajo ninguna causa, sea leve o grave. Dios ha creado al hombre y a la mujer para que sean una sola carne. Eso sí, la realidad es que sólo a fines del siglo XII, con el papa Alejandro III, se estableció de manera definitiva la postura actual de la Iglesia católica, que prohíbe absolutamente el divorcio y un nuevo casamiento. Quedó clara entonces la doctrina de que el matrimonio debe ser *«hasta que la muerte los separe»*. Y esa postura es la que hoy está presente en la Iglesia. No cabe el divorcio y, cuando la Iglesia declara la nulidad de un matrimonio, no está aceptando una especie de divorcio católico, *sino que lo que se reconoce públicamente es que ese matrimonio nunca ha llegado a existir, al descubrirse alguna causa concreta de nulidad*.

No obstante, la realidad de las separaciones y de los divorcios es una situación difícil de asumir para el hombre. Las heridas que quedan grabadas en el alma son muchas. Todo divorcio es una masacre emocional, el fin de una ilusión, la brutal ruptura de un proyecto que se creía para siempre. Por eso sólo la persona que llega a una situación insostenible lo concreta, cuando la convivencia ya no parece posible. Claramente no es el fin buscado cuando iniciaron ese camino. No es algo que los que se casan llenos de amor y de esperanza puedan prever. Llega a sus vidas después de un doloroso recorrido. ¿Se puede evitar? Muchas veces sí. Se puede hacer algo por mejorar la situación, por facilitar el diálogo. Porque cuando el amor se descuida la relación se enrarece. Cuando no hay comunicación, cuando los cónyuges llevan vidas paralelas, cuando no hay una voluntad de luchar por el bien común por el que se casaron, es fácil que se llegue al final. Sin duda que no es un tema fácil. Muchas son las razones que cuentan en ese devenir. Es difícil juzgar los acontecimientos sin conocer, sin estar en la piel del que lo sufre. Difícil entender cómo se llega a ese desenlace. Imposible juzgar, injusto condenar. Pero lo cierto es que hoy muchos matrimonios se rompen y muchas vidas quedan truncadas. ¿Cómo sigue entonces el camino? No es fácil encontrar respuestas. Pero sí que las hay. Cuando descubrimos que la relación no puede seguir el curso deseado, entonces es necesario buscar lo que Dios sigue queriendo para nosotros. Es posible reconstruir nuestra vida a

partir de las ruinas y entender que Dios nos quiere de forma incondicional y quiere nuestra felicidad, quiere que tengamos una vida lograda. Por eso no podemos desfallecer en esos momentos, **ni tampoco alejarnos de ese Dios que se mantiene a nuestro lado, sosteniendo nuestro dolor con su paz. Tenemos que seguir buscando el camino.**

Las lecturas de hoy nos llevan a hablar de la familia querida por Dios, de ese matrimonio que es sagrado e indisoluble. El amor lleva en su génesis la semilla de la eternidad. Decía recientemente en Milán Benedicto XVI al hablar sobre la familia: *«En la familia la persona experimenta la comunión, el respeto y el amor gratuito, recibiendo al mismo tiempo la solidaridad que necesita»*. Por eso hoy hemos rezado con fe el salmo: *«Que el Señor nos bendiga todos los días de nuestra vida. Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu casa. Es la bendición del hombre que teme al Señor. Que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. Que veas los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!»* Sal 127, 1-2. 3. 4-5 .6. Soñamos con una vida así, con un matrimonio que sea fecundo y pleno. Me ha impresionado la película de origen chino *«El amor bajo el espino blanco»*. Representa un canto a la sencillez del amor verdadero. Quisiera detenerme en algunos de los rasgos de ese amor. Por un lado muestra cómo crece el amor a partir de la paciencia. Vivimos en un tiempo en el que el hombre se ha vuelto muy impaciente. Tan pronto como surge el amor, desaparece. Lo queremos todo de forma inmediata, ahora mismo y sin esperar. Esta película muestra un amor que se construye a golpes de silencio, con el paso cadencioso de las horas y los días, sin prisas, esperando al amado. Un amor sencillo y auténtico, fiel en la distancia. Un amor que sabe esperar, sin exigencias. Dice el protagonista: *«No podré esperar a que cumplas 25 años, sin embargo, te he esperado toda la vida»*. **Un amor que sabe aguardar siempre a la persona amada.**

Por otro lado, la película muestra un amor que se construye en la delicadeza de los detalles. A veces los pequeños detalles son los que construyen el amor y son claves. No son insignificantes, aunque a veces no les demos la importancia que tienen. Un regalo, un silencio, un diálogo de pocas palabras, un servicio desinteresado. Son gestos llenos de amor y delicadeza. Es necesario aprender a amar así, con silencios que construyen, con entrega sin medida, con humildad. Siendo creativos y venciendo la rutina. Pero muchas veces nos quedamos en lo que nos molesta, en lo que hiere nuestro orgullo, y no avanzamos. Un error, una caída, una ofensa, no descalifican para siempre al que los comete, aunque sea un error que sea necesario perdonar para poder seguir caminando. Decía Santa Teresita del Niño Jesús: *«La caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades»*. **El amor se hace fuerte en el perdón mutuo.**

Por último, la película muestra un amor que quiere ser eterno. El P. Kentenich veía a las familias como islas: *«No podemos construirnos muros conventuales, pero sí islas en las que vivamos de la cuna a la sepultura, más aún, por toda la eternidad»*⁴. Queremos que ese amor sea eterno. Buscamos un amor que viva para siempre. Decía el protagonista: *«Si tu vives yo no moriré. Si tu mueres yo estaré muerto»*. El amor con el que soñamos, el amor que Dios siembra en el corazón, tiene pretensión de eternidad. Y sólo puede ser alcanzado ese anhelo del corazón, ese deseo de eternidad, si Dios lo hace posible. Es fundamental que Dios y María reinen en la familia. El matrimonio es cosa de tres. Sin Dios no se puede construir sobre suelo firme. Además, este amor se fundamenta en la fidelidad mutua. Decía el P. Kentenich que la fidelidad es *«la conservación pura, lozana y probada del primer amor»*. Y añadía: *«Se convierte en una fidelidad heroica en los momentos en los que pensamos tener razones para ser infieles»*. **Es un amor que vuelve siempre al origen, a la primera llamada de Dios a entregar la vida a alguien, con el fin de construir juntos el futuro.**

⁴ J. Kentenich, “Retiro familias 1950”, 18